

891.7
9
PG3327
.85
C7
V.3
1905



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



QUINTA PARTE

I

Veinticuatro horas después del día fatal en que Pedro Petrovitch tuviera su explicación con las señoras Rascolnikof, sus ideas se aclararon y, con extremada pena, obligado se vió á reconocer que la ruptura, en la que la víspera no quería creer, era cosa consumada. La negra serpiente del amor propio lastimado le había mordido el corazón. Al abandonar la cama, el primer paso de Pedro Petrovitch fué mirarse al espejo: temía que la bilis le hubiera cambiado por la noche.

Su temor no era fundado, por dicha suya. Al contemplar su rostro pálido y distinguido, se consoló por un instante, pensando que no sería difícil reemplazar á Dunia y..... ¿quién sabe? quizá ventajosamente. Pero poco tardó en rechazar aquella esperanza qui-

mérica, y escupió á un lado con fuerza, lo que hizo que en los labios de su compañero de aposento, Andrés Semenovitch Lebeziatnikof, apareciera una sonrisa burlesca.

Su cólera aumentó al reflexionar que no debía haber contado lo ocurrido á Andrés Semenovitch. Aquella era la segunda necedad que en su acaloramiento cometiera la noche antes; había cedido á la necesidad de comunicar lo excesivo de su emoción.

Durante toda aquella mañana, la desgracia persiguió á Lugin. En el Senado, el asunto de que se ocupaba le reservaba un desencanto. Lo que sobre todo le molestaba era no poder hacer entrar en razón al propietario de la casa que alquilara pensando en su próximo matrimonio. Aquel individuo, un obrero alemán enriquecido, no aceptaba ninguna transacción, y reclamaba entero el pago de lo estipulado en el contrato.

El tapicero no se mostraba menos rígido.

El desgraciado hombre de negocios rechinaba los dientes. Una última esperanza penetraba en su alma, sin embargo.

—¿Es posible que el mal no tenga remedio? ¿No hay nada que intentar?

El recuerdo de los encantos de Dunetchka se había clavado en su corazón como una espina. Si hubiera podido matar á Rascolnikof, le habría matado sin vacilar.

—Otra necedad de mi parte fué no darlas dinero— pensaba.—Mi conducta hubiera sido más noble y... más hábil. ¡No me hubieran despedido tan fácilmente como lo han hecho! Dados sus principios, con seguridad que se hubieran creído obligadas á devolverme,

en caso de ruptura, dinero y regalos, y la restitución les habría sido penosa. Además, ¿cómo—se hubieran dicho—cómo poner en la puerta á un hombre que se ha mostrado tan delicado y generoso?... ¡Hum!... ¡qué mal discurrí!

Regresó á su casa con un humor más malo que el que llevara. Sin embargo, ocupó hasta cierto punto su curiosidad el teje y maneje que se notaba en la habitación de Catalina Ivanovna, atareada en los preparativos de la comida.

Catalina Ivanovna, olvidando antiguas rencillas, había invitado á todo el mundo, á casi todos los inquilinos de la casa en particular.

Ignórase por qué causa, Andrés Semenovitch había pasado aquella mañana en su aposento. Entre este caballero y Pedro Petrovitch existían relaciones extrañas, pero bastante explicables por otra parte. Pedro Petrovitch le odiaba y le despreciaba, y casi desde el día en que llegara á pedirle hospitalidad, le manifestó cierto temor.

Al llegar á San Petersburgo, Lugin se presentó en casa de Andrés, primero, y sobre todo, por razones de economía; después por otro motivo. Había oído hablar de Lebeziatnikof como de uno de los jóvenes progresistas más avanzados de la capital, y hasta como de un hombre que ocupaba puesto distinguido en ciertos círculos cuya fama se había hecho legendaria.

Esta circunstancia impresionó á Lugin. Hacía mucho tiempo que experimentaba cierto vago temor respecto á aquellos círculos poderosos que lo sabían todo, no respetaban nada y hacían la guerra á todo el mundo.

Inútil sería agregar que el alejamiento no le permitía conocer claramente las cosas. Como los demás, había oído decir que en San Petersburgo abundaban los progresistas, los nihilistas, etc., etc.; pero en su espíritu, como en el espíritu de la mayoría, tales palabras habían tomado una significación que se aproximaba al absurdo. De lo que tenía gran miedo, especialmente, era de las “informaciones” dirigidas contra tal ó cual individualidad por el partido revolucionario.

He aquí por qué Pedro Petrovitch trataba de asegurarse de dónde soplaban el viento, y en caso de necesidad, de conquistar el aprecio de “nuestras jóvenes generaciones,” para todo lo cual contaba con el apoyo de Andrés Semenovitch.

La conversación con Rascolnikof nos ha mostrado que ya había conseguido apropiarse en parte el lenguaje de los reformadores.

Labeziatnikof estaba empleado en un ministerio. Pequeño, de complexión débil, escrofuloso, sus cabellos eran de un rubio casi albino y estaba muy orgulloso de sus patillas. Aunque bastante bueno en el fondo, mostraba en su lenguaje una presunción casi siempre llevada hasta el extremo. lo que contrastaba ridículamente con su enfermizo exterior.

Pasaba por ser uno de los inquilinos más distinguidos de la casa, porque no se embriagaba y pagaba regularmente su alquiler. Prescindiendo de sus méritos, Andrés Semenovitch era, en realidad, bastante bruto. Un ardor irreflexivo le había impelido á confundirse entre los progresistas. Era uno de aquellos que, sin comprenderla, se apropian la idea á la moda y desacre-

ditan, con su necesidad, una causa á la que en ocasiones están sinceramente adheridos.

Por otra parte, no obstante su buen carácter, Lebeziatnikof había llegado á encontrar insoportable á Lugin. La antipatía era, pues, recíproca. A despecho de su sencillez, Andrés Semenovitch empezaba á notar que Pedro Petrovitch le despreciaba y que “no tenía nada que hacer con aquel hombre.” El otro, por su parte, había concluído por ver en Lebeziatnikof, no sólo un imbécil, sino además un hablador sin importancia alguna en su propio partido.

Hagamos notar de paso que, desde que se instalara en casa de Andrés, Pedro Petrovitch aceptaba con placer todos los cumplidos de su huésped: tan agradables le eran las deferencias.

Por la mañana había negociado algunos títulos, y sentado ante la mesa, contaba la cantidad recibida. Andrés Semenovitch, que casi nunca tenía dinero, se paseaba por la habitación, afectando mirar los billetes con indiferencia y desprecio. Naturalmente, Lugin no creía que aquel desdén fuera sincero. Por su parte, Lebeziatnikof adivinaba, no sin trabajo, el pensamiento de Pedro Petrovitch, y se decía que quizá le agradara mucho la acción de contar ante él su dinero, para humillarle y recordarle la distancia que la fortuna había puesto entre los dos.

Hablaron de la comida que Catalina Ivanovna ofrecía, y á la que invitara á amigos y enemigos; hablaron de Sonia. y al tratar de la hija del difunto, dijo Andrés Semenovitch:

—A mi entender, es decir, según mi convicción personal, su situación es la situación normal de la mujer.

¿Por qué no? Es decir, distingamos. En la sociedad actual, sin duda que tal género de vida no tiene nada de normal, porque es forzado; pero en la sociedad futura lo será absolutamente, porque será libre. Aun ahora mismo tenía derecho á abrazarle: era desgraciada, ¿por qué no había de disponer de lo que era su capital? Entiéndase bien que en la sociedad futura el capital no tendrá razón de ser; pero el papel de la mujer galante tendrá otro sentido y se regulará de un modo racional. En cuanto á Sofia Semenovna, sus acciones en la época presente son una protesta contra la organización social, y por eso la aprecio profundamente; diría más: ¡la contemplo con placer!

—Sin embargo, no sé quién me contó que la arrojasteis de esta casa.

Lebeziatnikof se enfadó.

—¡Mentira!—replicó.—Catalina Ivanovna ha contado esa historia del modo más inexacto, porque de ella nada comprendió. ¡Yo nunca busqué los favores de Sonia! Me limitaba sencillamente á educarla, sin ninguna mira personal, esforzándome para despertar en ella el espíritu de protesta. . . . ¡No me proponía otra cosa! ¡Ella misma conoció que no podía vivir aquí!

Lugin debió tener una idea súbita, porque interrumpiendo á Lebeziatnikof, que continuaba hablando de Sonia, le preguntó si podría traerla á su presencia.

—¿Para qué?—le preguntó con admiración Andrés Semenovitch.

—Necesito hablarla. Debo marchar de aquí hoy ó mañana y tengo algo que decirla. . . . Por otra parte, podéis asistir á nuestra conversación; hasta será pre-

ferible que asistáis. De otra manera, ¡sabe Dios lo que pensaríais!

—No pensaría nada. . . . Os hice la pregunta sin dar la importancia de ningún género. Si tenéis que hablarla, nada más fácil que hacerla venir. En seguida voy á buscarla, y estad seguro de que no os molestaré.

En efecto pocos minutos después, Lebeziatnikof volvió con Sonia, que parecía extremadamente turbada y sorprendida. En circunstancias semejantes, siempre se hallaba intimidada, porque los nuevos rostros la asustaban grandemente. Era ésta una impresión infantil que con la edad se había acentuado.

Petro Petrovitch se mostró cortés y benévolo. Al recibir, como hombre serio y respetable, á una criatura tan joven y, en cierto sentido, tan interesante, creyó deber acogerla con jovial familiaridad. Se apresuró, pues, á “tranquilizarla,” y la invitó á tomar asiento frente á él.

Sonia le obedeció, mirando sucesivamente á Lebeziatnikof y al dinero colocado sobre la mesa; luego, de repente, sus ojos se fijaron en Lugin, del que no pudo ya apartarlos; hubiérase dicho que sufría una fascinación.

Lebeziatnikof se dirigió hacia la puerta. Lugin se levantó, hizo seña á la joven para que de nuevo tomara asiento, y se apresuró á detener á Andrés, en el momento en que éste iba á salir.

—¿Está ahí Rascolnikof? ¿Ha venido ya?—le preguntó en voz baja.

—¿Rascolnikof? Sí; ¿y qué? Sí, ahí está. . . . Acaba de llegar, le he visto. . . . ¿Qué deseabais?

En tal caso, encarecidamente os ruego que no me

dejéis solo con esta..... señorita. El asunto de que se trata es insignificante; pero sabe Dios las conjeturas que se harían si nos dejaseis solos. No quiero que Rascolnikof vaya á contar "allá"..... ¿Comprendéis por qué os digo esto?

—¡Comprendo, comprendo!—respondió Lebeziatnikof.—Sí, estáis en vuestro derecho. Sólo que, á mi entender, vuestros temores son demasiado exagerados; pero.... no importa; estáis en vuestro derecho. Sea; respetaré..... Voy á ponerme cerca de la ventana, y descuidad, no os interrumpiré. Os lo repito: á mi entender, estáis en vuestro derecho.

Pedro Petrovitch volvió á sentarse frente á Sonia, y la contempló con atención. Con rostro grave, casi severo..... empezó á poner en práctica su idea.

Dijo á Sonia, en el curso de la conversación, que hablando de Catalina Ivanovna, había tenido noticia de la situación de su madrastra.

—Viendo la situación en que halla, quisiera, como os he dicho, serla útil en la medida de mis medios; comprendedme bien: en la medida de mis medios, nada más. Se podría, por ejemplo, organizar en provecho suyo una subscripción, una tómbola ó algo semejante.....

Sonia le escuchaba entre sollozos.

—Mientras esto se hace—concluyó él,—aceptad para vuestra madrastra esta suma, que representa mi cuota personal. Deseo vivamente que mi nombre no se pronuncie en esta ocasión. Tomad..... Teniendo, hasta cierto punto, mis apuros pecuniarios, lamento no poder hacer más.....

Y Pedro Petrovitch entregó á Sonia un billete de diez rublós.

La joven lo recibió sonrojada, balbuceó algunas palabras ininteligibles y apresuróse á despedirse.

Lugin la acompañó hasta la puerta.

Durante toda aquella escena, Lebeziatnikof, no queriendo interrumpir la conversación, había permanecido á conveniente distancia de los interlocutores. En cuanto Sonia se hubo marchado, se acercó á Pedro Petrovitch, y ofreciéndole su mano con un gesto solemne:

—Todo lo he oído y todo lo vi—dijo, subrayando con intención la última palabra;—eso es noble, es humanitario, mejor dicho, porque no quiero admitir la palabra noble. Quisisteis huir de las manifestaciones de agradecimiento, ¡lo he visto! Y aunque, á decir verdad, sea, por principios, enemigo de la caridad privada, que lejos de extirpar radicalmente la miseria, favorece su progreso, no puedo menos de reconocer que he visto vuestro acto con placer. ¡Sí, eso me agrada!

—¡Bah! ¡es una cosa insignificante! —murmuró Lugin algo embarazado, mirando á Lebeziatnikof con particular atención.

—¡No, no es la cosa tan insignificante! Un hombre que, herido como vos por una reciente afrenta, es capaz de interesarse por la desgracia ajena, aun cuando no obre de acuerdo con la sana economía social, tiene que ser digno de aprecio. No esperaba eso de vos, Pedro Petrovitch; de vos, cuya manera de ser conozco..... ¡Porque estáis bien adherido á vuestras ideas! ¿Qué necesidad, por ejemplo, tenéis de casaros "legalmente." muy noble, muy querido Pedro Petrovitch?

¿Qué os importa la unión "legal?" Pegadme si queréis; pero me alegro de vuestro chasco, porque me gusta veros libre y considerar que aún no estáis del todo perdido para la humanidad..... ¡Ya veis que soy franco!

—Tiendo al matrimonio legal, porque no quiero ser marido burlado ni educar hijos de los que no sea padre, como ocurre en vuestros matrimonios libres—respondió, por decir algo, Pedro Petrovitch.

Estaba pensativo, y apenas si escuchaba las palabras de su compañero.

—¿Los hijos? ¿Habéis aludido á los hijos?—agregó Andrés Semenovitch, animándose de pronto, como caballo de combate que oye el sonido del clarín.—Lo referente á los hijos es una cuestión social que se zanjará ulteriormente. Muchos hasta los niegan sin restricción, como se niega cuanto concierne á la familia. Hablaremos de los hijos más adelante; ocupémonos ahora de las infidelidades. Os confieso que es mi placer. La palabra "cuernos," baja y grosera, puesta en circulación por Puchkin, no figurará en el diccionario del porvenir; ¿Qué es, en resumen, eso de cuernos? ¡Oh, un vano espantajo! ¡Qué insignificancia! Por el contrario, en el matrimonio libre, precisamente, ese peligro no existirá. Los cuernos no son otra cosa que la consecuencia natural y, por decirlo así, el correctivo del matrimonio legal, una protesta contra un lazo indisoluble; mirado desde cierto punto de vista, nada tienen de humillante..... Si en alguna ocasión....—cosa absurda hasta en hipótesis—me casara yo legalmente, me gustaría mucho que me pusieran esos cuernos que tanto os espantan; diría á mi mujer: "—Hasta

la fecha, querida, sólo te había amado; actualmente te admiro, porque has sabido protestar." ¿Os reis? ¡Porque no tenéis valor para romper con los prejuicios! ¡El diablo me lleve! Comprendo que, en una unión legítima, sea desagradable ser engañado; pero tal es el efecto lamentable de una situación que degrada igualmente á ambos cónyuges. Cuando los cuernos aparecen abiertamente en vuestra frente, como en el matrimonio libre, es precisamente cuando no existen; dejan de tener sentido y hasta de merecer el nombre de cuernos. Muy al contrario, vuestra mujer os prueba, al ponéroslos, que os aprecia, que os cree capaz de ser un obstáculo á su dicha, y lo suficientemente esforzado para querer vengaros de un rival. Hablando con verdad, en ocasiones pienso que si estuviera casado (libre ó legítimamente) y mi mujer tardara mucho en tomar amante, yo se lo procuraría. "—Querida—le diría,—te amo, pero quiero que me distingas." ¿No tengo razón?

Estas palabras apenas hicieron reír á Pedro Petrovitch. Su pensamiento estaba en otra parte, y se frotaba las manos con aire inquieto. Lebeziatnikof recordó más adelante la preocupación de su interlocutor.

II

Difícil sería decir cómo la idea de aquella comida inoportuna había nacido en el cerebro enfermizo de Catalina Ivanovna. Gastó, para la comida en cuestión, más de la mitad del dinero que recibiera de Rascolni-

kof. Quizá se creía obligada á honrar “convenientemente” el recuerdo de su esposo, para probar á todos los inquilinos, y en particular á Amalia Ivanovna, que el difunto “valía tanto como ellos, si no más.” Probable es que obedeciera á aquel “orgullo de padre” que en ciertas circunstancias de la vida, bautismo, matrimonio, entierro, etc., impele á los infelices á agotar sus recursos con el único fin de “hacer las cosas tan bien como los demás.” Aun es permitido suponer que, en el momento mismo en que se veía reducida á la más extremada miseria, Catalina Ivanovna quería demostrar á aquella “gentecilla,” no sólo que “sabía vivir y recibir,” sino que, hija de un coronel, educada “en una casa noble, hasta aristocrática,” no había nacido para fregar suelos y lavar ropa.

Las botellas de vino no abundaban mucho ni eran de marcas muy variadas; el Madera brillaba por su ausencia. Pero había vino, aguardiente, ron y Oporto, todo de clase inferior, todo, pero en suficiente cantidad. El “menú,” preparado en la cocina de Amalia Ivanovna, correspondía á las bebidas. Además se prepararon dos samovars, destinados á las personas que quisieran tomar té ó ponche después de la comida. Catalina Ivanovna habíase encargado de las compras, ayudada por un inquilino de la casa, un polaco famoso que vivía, Dios sabe en qué condiciones, de la señora Lipperechzel.

Esta mujer había tomado súbita importancia á los ojos de Catalina Ivanovna y ganado mucho en su aprecio, quizá por la sola razón de que la patrona se había cuidado de la organización del banquete. Ella fué, en efecto, quien se encargó de poner la mesa, de procu-

rar la vajilla, la mantelería, etc., etc. y de guisar.

Al marcharse aquel día al cementerio, Catalina Ivanovna la había conferido sus poderes, y la señora Lipperechzel se mostró digna de su confianza. Es verdad que la vajilla, los vasos, las tazas, los cubiertos, prestados por distintos inquilinos, revelaban, por sus extrañas disparidades, sus orígenes diversos; pero á la hora prefijada, todo se encontraba dispuesto.

El orgullo que la patrona mostrara molestó á Catalina Ivanovna cuando regresó del cementerio.

Otra circunstancia contribuyó á molestar á la viuda: excepto el polaco, que fué hasta la misma fosa del difunto, casi ninguno de los invitados asistió al entierro.

Además de Lugin y de Lebeziatnikof, también faltó á la invitación de la viuda un señor gordo, teniente coronel (en realidad capitán de estado mayor, retirado del servicio), que, al aparecer cuando estuvo todo á punto, dió una excusa razonable: la gota le tenía clavado en una butaca.

En cambio, además del polaco, llegó de los primeros, vestido con un frac todo grasiento, un alérido de cancellería, feo, lleno de granos, mal oliente y mudo como un pez; luego un antiguo empleado de correos, viejecillo, sordo y casi ciego, á quien persona ignorada pagaba, desde tiempo inmemorial, el aposento que ocupaba en casa de Amalia Ivanovna. A estos individuos siguió un teniente retirado, ó por mejor decir, un antiguo patatero, que entró ebrio, riendo á carcajadas del modo más indecente, y, “figuraos:” ¡sin chaleco! Un invitado fué á sentarse á la mesa sin saludar á Catalina Ivanovna. Otro, á falta de traje, se presentó

en ropas menores. Esto era demasiado, y el caballero sin vergüenza fué expulsado por Catalina Ivanovna, con ayuda del polaco, el cual había llevado consigo á dos paisanos que jamás habían vivido en casa de la señora Lipperechzel, y á los que nadie conocía.

Todo esto produjo vivo disgusto al ama de la casa.

¡No valía la pena de hacer los preparativos que se hicieron para recibir á tales personajes!

Temiendo que la mesa, que ocupaba toda la longitud del aposento, resultara pequeña, los cubiertos de los niños se habían colocado sobre un baúl situado en un rincón. Poletchka, en su calidad de mayor, sería la encargada de darles de comer y limpiar los mocos á los más pequeños.

En tales condiciones, Catalina Ivanovna no pudo menos de acoger á sus invitados con altanería casi insolente. Haciendo responsable de la ausencia de sus principales invitados á la patrona, no sabemos por qué causa, empezó á tratarla con descortesía, cosa que aquélla notó y por la cual se consideró ofendida.

La comida se presentaba bajo malos auspicios.

Rascolnikof entró cuando acababan de llegar del cemeniterio.

Catalina Ivanovna sintióse satisfecha al verle, primero, porque de todas las personas presentes, era el único hombre ilustrado (le presentó como futuro catedrático de la Universidad de San Petersburgo), y en segundo lugar, porque se excusó respetuosamente de no haber podido, no obstante su deseo, asistir á las exequias.

Se apresuró á invitarle á sentarse á su izquierda; Amalia Ivanovna ocupó su derecha; luego trabó con

el joven una conversación tan seguida como se lo permitían sus deberes de ama de casa.

Por otra parte, la enfermedad que la aquejaba había tomado un carácter alarmante desde hacía dos días, y la tos que le desgarraba el pecho le impedía terminar muchas frases. Sin embargo, era feliz teniendo á quien confiar la indignación que experimentaba ante aquella reunión de tipos tan heterogéneos. Al principio, su enojo se traducía en burlas á sus invitados, sobre todo á la patrona.

Rato hacía que había comenzado la comida, cuando entró Sonia, la cual se apresuró á transmitir á su madrastra las excusas de Pedro Petrovitch, esforzándose para hablar alto, á fin de que la oyeran todos los presentes. Añadió que Pedro Petrovitch había encargado de decirle que en cuanto pudiese iría á verla para hablarle de "negocios."

Sonia sabía que aquello tranquilizaría á Catalina Ivanovna y que su amor propio se sentiría satisfecho.

La joven tomó asiento junto á Rascolnikof, á quien saludó presurosamente, dirigiéndole una mirada rápida y curiosa. Pero durante el resto de la comida, pareció evitar el mirarle y dirigirle la palabra. Hasta parecía distraída, contemplando fijamente á Catalina Ivanovna, como para adivinar los deseos de su madrastra.

Las excusas de Pedro Petrovitch fueron bien acogidas.

Después de escuchar con agrado el relato de Sonetchka, el ama de la casa tomó un importante tono para preguntar por la salud de Pedro Petrovitch. En seguida, sin inquietarla el temor de que pudieran

oírla los demás invitados, hizo notar á Rascolnikof que un hombre tan fino y tan respetable como Pedro Petrovitch se hubiera hallado muy fuera de lugar en una reunión tan "extraordinaria;" comprendía, pues, su ausencia, no obstante los lazos de amistad que le unían á su familia.

—He aquí por qué, Rodion Romanovitch, agradezco particularmente que no hayáis desdeñado mi hospitalidad, aun en estas condiciones—agregó en alta voz.— Por otra parte, convencida estoy de que la amistad que os unía á mi difunto esposo es lo único que os ha obligado á cumplir vuestra palabra.

Luego, Catalina Ivanovna volvió á bromear á costa de sus convidados.

Rascolnikof escuchaba en silencio. La sensación que experimentaba era de disgusto. Por cortesía y por no rebajar á Catalina Ivanovna, probaba apenas los manjares de que á cada instante llenaba ella su plato.

El joven tenía la mirada fija en Sonia. Esta, cada vez más inquieta, notaba la creciente indignación de Catalina Ivanovna, presintiendo que la comida acabaría mal.

Y no concluyó bien. A continuación de una de sus bromas, el ama de la casa anunció su propósito de retirarse, en cuanto recibiera la pensión con que contaba, á la ciudad de T. . . . su pueblo natal, donde abriría un colegio para hijas de nobles.

Luego se puso á hablar de los encantos de la vida apacible y tranquila que se prometía pasar en T. . . . , anunciando su propósito de conferir á su hijastra Sonia las funciones de ama de gobierno de su casa.

Al oír estas palabras, alguien prorrumpió en una carcajada.

Catalina Ivanovna fingió no haber oído; pero levantando en seguida la voz, declaró que Sonia poseía todas las cualidades requeridas para desempeñar aquel cargo.

Sonia se ruborizó, y, de repente, Catalina Ivanovna se echó á llorar.

—Tengo los nervios muy alterados—dijo, como para excusarse,—y no puedo soportar la fatiga; en cuanto la comida haya terminado, tomaremos el té.

La patrona, humilladísima por no haber podido colocar una sola palabra durante la anterior conversación, eligió aquel momento para arriesgar una última tentativa, y muy juiciosamente hizo observar al ama de la casa que debía conceder la mayor atención á la ropa blanca de sus discípulos é impedir á éstos que leyeran novelas por la noche.

La fatiga y el disgusto hacían poco tolerante á Catalina Ivanovna; así es que tomó muy á mal aquellos sabios consejos. A su juicio, la patrona no sabía lo que se decía; en un colegio de nobles, el cuidado de la ropa no era incumbencia de la directora del establecimiento; en cuanto á la observación relativa á la lectura de novelas, era una pura inconveniencia. En conclusión, rogó á la patrona que callara.

Pero, en lugar de escuchar la súplica, Amalia Ivanovna respondió agriamente que había hablado en buen sentido, que lo hizo con la mejor intención, y que hacía mucho tiempo que Catalina Ivanovna no la pagaba un céntimo.

—Mentís al hablar de vuestras buenas intenciones

—respondió la viuda.—Ayer, sin ir más lejos, ante el cadáver de mi esposo, me vinisteis á insultar por el atraso el pago del alquiler.

Seguidamente, la patrona hizo observar con mucha lógica “que había invitado á ciertas personas,” pero que aquellas “ciertas personas” no habían acudido á su invitación porque eran nobles y no podían ir á casa de una señora que no era de su clase.

A lo que su interlocutora objetó que una cocinera no tenía motivos para juzgar de la verdadera nobleza.

Amalia Ivanovna, muy picada, replicó que su “vater” era un hombre importantísimo en Berlín, que se pascaba con las manos en los bolsillos y haciendo continuamente: “¡Puf, puf!”

Entre las risas de la concurrencia, se entabló una discusión lo más reñida; cada mujer hablaba de su padre. Respondiendo á una observación de Catalina Ivanovna, quien decía que quizá la patrona no había tenido padre, pues que no se sabía de fijo cuál era su nombre patronímico, si Ludwigozna ó Ivanovna, la aludida, fuera de sí, exclamó, golpeando la mesa con el puño, que no era Ludwigozna, sino Ivanovna; que su “vater” se llamaba Jöhann y que había sido juez, lo que no fué nunca el de Catalina Ivanovna.

Esta se levantó, y con voz tranquila, que desmentía la palidez de su rostro y la agitación de su pecho:

—Si volvéis á atreveros—dijo—á comparar á mi padre con vuestro miserable “vater,” os arrancaré vuestro gorro y lo pisotearé.

Al oír aquellas palabras, Amalia Ivanovna empezó á correr por la estancia, gritando con todas sus fuerzas

que era la propietaria y que Catalina Ivanovna saldría en aquel momento de su casa, y se apresuró á recoger sus cubiertos de plata, que estaban sobre la mesa.

Siguió una confusión, un escándalo indescriptible; los niños rompieron á llorar; Sonia avanzó hacia su madrastra, para impedir que cometiera alguna violencia; pero Amalia Ivanovna, súbitamente, lanzó una alusión al “billete amarillo;” oyendo lo cual, Catalina Ivanovna rechazó con furia á la joven y se dirigió á la patrona, decidida á arrancarle el gorro.

En aquel mismo instante se abrió la puerta, y en el umbral apareció Pedro Petrovitch Lugin. Este paseó una mirada severa sobre toda aquella reunión.

Catalina Ivanovna corrió hacia él.

III

—¡Pedro Petrovitch!—gritó,—¡protegedme! Haced comprender á esta necia que no tuvo derecho para hablar como lo ha hecho á una señora noble y desgraciada; que esto no está permitido..... ¡Me quejaré al gobernador!... En recuerdo de la hospitalidad que recibirais en casa de mis padres, servid de apoyo á mis huérfanos.

—Permitid, señora..... Permitid, permitid, señora—dijo Lugin con cierto ademán, intentando desasirse de la viuda.—No tuve el honor, como sabéis, de conocer á vuestro papá..... (alguien se echó á reír